
Igualitarios eficientes

[Chris Pierson](#)

The New Egalitarianism

(El nuevo igualitarismo)

Anthony Giddens y Patrick Diamond (editores), 224 págs., Polity Press, Cambridge, Reino Unido, 2005 (en inglés)

Los ensayos incluidos en este volumen ofrecen una visión de conjunto de algunos de los argumentos más interesantes e innovadores sobre cómo está cambiando el concepto de desigualdad en nuestros días, y sobre qué medidas se pueden adoptar para enfrentarse a ella.

La pieza central es un texto en el que los autores se proponen definir y hacer operativo *el nuevo igualitarismo*, en este caso con especial referencia al desarrollo de la desigualdad económica en el Reino Unido. Como en *La tercera vía*, un trabajo anterior de Giddens, *el nuevo igualitarismo* de una socialdemocracia “revisionista” queda delimitado mediante una serie de comparaciones con respecto al viejo igualitarismo de la izquierda “tradicional”.

En comparación con el viejo (que se centra exclusivamente en la seguridad y redistribución económicas), *el nuevo igualitarismo* se basa, sobre todo, en la eficiencia productiva y el dinamismo de la economía. Mientras el objetivo del antiguo era “la eliminación de las diferencias de clase y la búsqueda de la igualdad de estatus”, la meta del nuevo consiste en “equiparar las oportunidades en la vida generación tras generación nivelando...”. Si el de antes pretendía garantizar la justicia social dentro del Estado-nación sobre la base de “una coalición nacional fundamentada en la solidaridad entre clases”, el de ahora “admite que el apoyo a la diversidad étnica y cultural pueda verse afectado en aras de la solidaridad social necesaria para un Estado de bienestar sólido”.

Mientras aquél ponía el énfasis casi de manera exclusiva en los derechos sociales, éste admite un equilibrio entre derechos y responsabilidades, y acepta condicionar las prestaciones sociales (por ejemplo, “retirar la prestación por hijos a los padres de alumnos que falten a clase sin justificación y que estén poco dispuestos a colaborar, o reducir las ayudas a la vivienda en el caso de inquilinos conflictivos”). Por último, *el nuevo igualitarismo* se centra no sólo en “la distribución tradicional de los ingresos”, sino también en las acciones que modifican la asignación inicial de la riqueza y de las donaciones productivas, como en el caso de la reciente creación de una cartilla de ahorro e inversión para niños subvencionada por el Gobierno británico (Child Trust Fund).

En cuanto a la teoría política, Giddens y Diamond suscriben de buen grado las prioridades de Wolfgang Merkel:

- Luchar contra la pobreza, no sólo por la desigualdad económica en sí, sino porque (sobre todo la duradera) limita la capacidad del individuo para conquistar su autonomía y autoestima.
- Crear los más altos niveles de educación y formación posibles, sobre la base de un acceso igualitario y justo para todos.
- Garantizar un puesto de trabajo para todos aquellos que lo deseen y tengan la capacidad necesaria para desempeñarlo.
- Lograr un Estado de bienestar que ofrezca protección y garantice la dignidad humana.
- Limitar las desigualdades de ingresos y riqueza si entorpecen la consecución de los cuatro primeros objetivos o ponen en peligro la cohesión de la sociedad.

En la práctica, esto significa facilitar el acceso al empleo, ampliar las oportunidades de obtener educación y formación, invertir en “capital social”, aumentar la calidad de la vivienda social, mejorar la responsabilidad y la calidad de los servicios públicos (sobre todo para los pobres), trasladar los recursos del Estado de bienestar a un Estado de “inversión social”, reformar el régimen tributario (sin aumentar necesariamente la carga fiscal a aquellos con mayores ingresos), mejorar la regulación del mercado laboral (incluso aumentando el salario mínimo) y adoptar medidas respecto a la fiscalidad de las transmisiones patrimoniales (tal vez utilizando lo recaudado para financiar un sistema universal de donaciones de capital).

Otros ensayos de la recopilación abordan la idea de un nuevo igualitarismo más o menos de forma tangencial. Tal vez la aportación más sustanciosa sea la de Esping-Andersen, que sugiere que los patrones que se han llegado a asociar a la *nueva pobreza* a lo largo de los últimos veinte años pueden estar experimentando un cambio en sí mismos, y reflejar cierta tendencia (internacionalmente muy variable) en contra del aumento de la desigualdad en la última década. Este cambio se debe, en buena medida, a la mayor participación de la mujer en el mercado laboral y las nuevas pautas de obtención de ingresos en los hogares.

También se encuentran una versión del argumento de Richard Wilkinson –quien sostiene que la igualdad, y no sólo los niveles absolutos de prestación de asistencia social, es importante para obtener resultados en materia de salud– y un interesante ensayo de Ulrich Beck, que analiza las asimetrías entre nacionales y extranjeros en los diferentes Estados europeos de bienestar y en el propio Estado de bienestar de la UE.

Todos los autores comparten la idea de que hay aspectos nuevos (así como algunos muy viejos) en el fenómeno de la desigualdad hoy, y suscriben de una u otra forma la teoría de Giddens y Diamond acerca de un nuevo igualitarismo. Diamond tiene algunas cosas interesantes que decir sobre la desigualdad en el Reino Unido en la actualidad. Sin duda, se puede argumentar (por muy obvio que sea) que el dilema entre igualdad de oportunidades e igualdad de resultados no es real. Resulta acertado dar crédito al (Nuevo) Partido Laborista por las medidas que han adoptado para atajar la pobreza, especialmente entre los niños (aunque este libro es, a buen seguro, demasiado optimista

respecto a estos logros, sobre todo teniendo en cuenta la evidencia de que la movilidad social casi no da muestras de mejora). Pero todavía siguen existiendo, por lo menos, tres problemas.

En primer lugar, buena parte de la teoría de Diamond y Giddens no se refiere en absoluto al binomio desigualdad/igualdad, sino a una mayor cohesión social, una ambición encomiable pero muy distinta. En segundo lugar, el viejo igualitarismo no es realmente como ellos lo describen. Es cierto que sirve de contrapunto del *nuevo*, pero no se puede identificar con lo que alguna vez creyeron o sin duda hicieron los socialdemócratas de la corriente principal en el Reino Unido. En tercer lugar, sus ambiciones (por ejemplo, respecto al igualitarismo de la riqueza) son demasiado modestas. La verdad es que el *nuevo igualitarismo* tiene muy poco de igualitario.

Igualitarios eficientes. [Chris Pierson](#)

The New Egalitarianism

(El nuevo igualitarismo)

Anthony Giddens y Patrick Diamond (editores), 224 págs., Polity Press, Cambridge, Reino Unido, 2005 (en inglés)

Los ensayos incluidos en este volumen ofrecen una visión de conjunto de algunos de los argumentos más interesantes e innovadores sobre cómo está cambiando el concepto de desigualdad en nuestros días, y sobre qué medidas se pueden adoptar para enfrentarse a ella.

La pieza central es un texto en el que los autores se proponen definir y hacer operativo *el nuevo igualitarismo*, en este caso con especial referencia al desarrollo de la desigualdad económica en el Reino Unido. Como en *La tercera vía*, un trabajo anterior de Giddens, *el nuevo igualitarismo* de una socialdemocracia “revisionista” queda delimitado mediante una serie de comparaciones con respecto al viejo igualitarismo de la izquierda “tradicional”.

En comparación con el viejo (que se centra exclusivamente en la seguridad y redistribución económicas), *el nuevo igualitarismo* se basa,

sobre todo, en la eficiencia productiva y el dinamismo de la economía. Mientras el objetivo del antiguo era “la eliminación de las diferencias de clase y la búsqueda de la igualdad de estatus”, la meta del nuevo consiste en “equiparar las oportunidades en la vida generación tras generación nivelando...”. Si el de antes pretendía garantizar la justicia social dentro del Estado-nación sobre la base de “una coalición nacional fundamentada en la solidaridad entre clases”, el de ahora “admite que el apoyo a la diversidad étnica y cultural pueda verse afectado en aras de la solidaridad social necesaria para un Estado de bienestar sólido”.

Mientras aquél ponía el énfasis casi de manera exclusiva en los derechos sociales, éste admite un equilibrio entre derechos y responsabilidades, y acepta condicionar las prestaciones sociales (por ejemplo, “retirar la prestación por hijos a los padres de alumnos que falten a clase sin justificación y que estén poco dispuestos a colaborar, o reducir las ayudas a la vivienda en el caso de inquilinos conflictivos”). Por último, *el nuevo igualitarismo* se centra no sólo en “la distribución tradicional de los ingresos”, sino también en las acciones que modifican la asignación inicial de la riqueza y de las donaciones productivas, como en el caso de la reciente creación de una cartilla de ahorro e inversión para niños subvencionada por el Gobierno británico (Child Trust Fund).

En cuanto a la teoría política, Giddens y Diamond suscriben de buen grado las prioridades de Wolfgang Merkel:

- Luchar contra la pobreza, no sólo por la desigualdad económica en sí, sino porque (sobre todo la duradera) limita la capacidad del individuo para conquistar su autonomía y autoestima.
- Crear los más altos niveles de educación y formación posibles, sobre la base de un acceso igualitario y justo para todos.
- Garantizar un puesto de trabajo para todos aquellos que lo deseen y tengan la capacidad necesaria para desempeñarlo.
- Lograr un Estado de bienestar que ofrezca protección y garantice la dignidad humana.
- Limitar las desigualdades de ingresos y riqueza si entorpecen la consecución de los cuatro primeros objetivos o ponen en peligro la cohesión de la sociedad.

En la práctica, esto significa facilitar el acceso al empleo, ampliar las oportunidades de obtener educación y formación, invertir en “capital social”, aumentar la calidad de la vivienda social, mejorar la responsabilidad y la calidad de los servicios públicos (sobre todo para los pobres), trasladar los recursos del Estado de bienestar a un Estado de “inversión social”, reformar el régimen tributario (sin aumentar necesariamente la carga fiscal a aquellos con mayores ingresos), mejorar la regulación del mercado laboral (incluso aumentando el salario mínimo) y adoptar medidas respecto a la fiscalidad de las transmisiones patrimoniales (tal vez utilizando lo recaudado para financiar un sistema universal de donaciones de capital).

Otros ensayos de la recopilación abordan la idea de un nuevo igualitarismo más o menos de forma tangencial. Tal vez la aportación más sustanciosa sea la de Esping-Andersen, que sugiere que los patrones que se han llegado a asociar a la *nueva pobreza* a lo largo de los últimos veinte años pueden estar experimentando un cambio en sí mismos, y reflejar cierta tendencia (internacionalmente muy variable) en contra del aumento de la desigualdad en la última década. Este cambio se debe, en buena medida, a la mayor participación de la mujer en el mercado laboral y las nuevas pautas de obtención de ingresos en los hogares.

También se encuentran una versión del argumento de Richard Wilkinson –quien sostiene que la igualdad, y no sólo los niveles absolutos de prestación de asistencia social, es importante para obtener resultados en materia de salud– y un interesante ensayo de Ulrich Beck, que analiza las asimetrías entre nacionales y extranjeros en los diferentes Estados europeos de bienestar y en el propio Estado de bienestar de la UE.

Todos los autores comparten la idea de que hay aspectos nuevos (así como algunos muy viejos) en el fenómeno de la desigualdad hoy, y suscriben de una u otra forma la teoría de Giddens y Diamond acerca de un nuevo igualitarismo. Diamond tiene algunas cosas interesantes que decir sobre la desigualdad en el Reino Unido en la actualidad. Sin duda, se puede argumentar (por muy obvio que sea) que el dilema entre igualdad de oportunidades e igualdad de resultados no es real. Resulta acertado dar crédito al (Nuevo) Partido Laborista por las medidas que han adoptado para atajar la pobreza, especialmente entre los niños (aunque este libro es, a buen seguro, demasiado optimista

respecto a estos logros, sobre todo teniendo en cuenta la evidencia de que la movilidad social casi no da muestras de mejora). Pero todavía siguen existiendo, por lo menos, tres problemas.

En primer lugar, buena parte de la teoría de Diamond y Giddens no se refiere en absoluto al binomio desigualdad/igualdad, sino a una mayor cohesión social, una ambición encomiable pero muy distinta. En segundo lugar, el viejo igualitarismo no es realmente como ellos lo describen. Es cierto que sirve de contrapunto del *nuevo*, pero no se puede identificar con lo que alguna vez creyeron o sin duda hicieron los socialdemócratas de la corriente principal en el Reino Unido. En tercer lugar, sus ambiciones (por ejemplo, respecto al igualitarismo de la riqueza) son demasiado modestas. La verdad es que el *nuevo igualitarismo* tiene muy poco de igualitario.

Chris Pierson es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas en la Universidad de Nottingham (Reino Unido) y director de The British Journal of Politics & International Relations (BJPIR, Nottingham).

Fecha de creación

6 septiembre, 2007